

Miguel Requena y Juan Jesús González (editores)
Tres décadas de cambio social en España

Madrid, Alianza Editorial, 2005

La Fundación FOESSA anunció en 1994 una nueva etapa en sus famosos estudios sociológicos, que abandonaban el paisaje general de la sociedad española para centrarse en aspectos concretos del llamado «desarrollo social», percibidos por Cáritas como más importantes o más urgentes de conocer y abordar. Con esta decisión estratégica un género científico de indudable interés para nuestra disciplina, el informe sociológico, quedaba vacío o al menos adelgazado de sus contenidos. *Tres décadas de cambio social en España* pretende llenar ese hueco, con intención de convertirse en una serie que presente un panorama general de la situación de la sociedad española a lo largo del tiempo. Para tal fin, el libro recopila y critica gran cantidad de datos referidos a diferentes aspectos de nuestra sociedad entre 1970 y 2005 (a saber: demografía, familias, clases sociales, inmigración, Estado de bienestar, desigualdad, educación, tendencias de voto, movilidad y religión). Tiene la virtud, por tanto, de actualizar y centralizar la información empírica disponible, pero también intenta acompañarla de algunos debates teóricos en un esfuerzo integrador muy saludable, destinado a superar viejas rencillas metodológicas.

Como es habitual en este tipo de obras, cada uno de los temas de esa agenda sociológica constituye un capítulo distinto y es responsabilidad de un especialista. Ello otorga al texto la profundidad y amplitud exigibles, al precio de perder cierta unidad. De la mayoría de los capítulos surge una imagen bastante definida sobre las tendencias de la sociedad española en los últimos treinta y cinco años. Imagen que podríamos caracterizar como *optimista* —los propios editores lo hacen así (p. 20)— pues tiene en cuenta las transformaciones extraordinarias experimentadas por nuestro país durante este tiempo, en el que por fin ha logrado completar, con más éxitos que fracasos, la transición hacia la Modernidad. Los treinta años retratados en el libro representan la consolidación de España como una democracia capitalista y un Estado de bienestar comparable a los demás países europeos, y para quien conozca los avatares de nuestra historia reciente esta pálida conclusión justifica cierto optimismo, al menos de la voluntad. Más concretamen-

te, dos cambios sociales de gran magnitud y velocidad, operados en el período estudiado, reciben en esta obra sustentación empírica, medida y justa valoración: la transformación del papel de la mujer española y la inversión de nuestro saldo migratorio.

Parece fácil concluir que en ambos casos estamos frente a hechos sociales de esos que Mauss llamaba totales, es decir con consecuencias en todos los campos de la vida colectiva. El nuevo rol de las mujeres (que convive aún hoy con otro tradicional, no debe olvidarse) implica niveles educativos desconocidos en nuestra historia, presencia creciente (aunque todavía discriminada) de las españolas en el mercado laboral, reducción de patrones de desigualdad, formas diversas de movilidad social (que escapan a las habituales herramientas sociológicas de medida), comportamientos familiares innovadores, tendencias particulares de voto o práctica religiosa, etc. Otro tanto ocurre con la rapidísima conversión de España en país receptor de inmigración masiva: un saldo migratorio tradicionalmente negativo, o nulo, se ha transformado entre 2000 y 2005 en un crecimiento del 21,6% anual (600.000 personas, contando sólo los permisos de trabajo concedidos), sumando el 64% del crecimiento vegetativo y *levantando* con su natalidad la maltrecha pirámide de población española. Sin embargo, si las mujeres reciben en la obra la atención que merece su meritorio esfuerzo hacia la conquista de la igualdad social no ocurre lo mismo con los (y las) inmigrantes, como tendremos ocasión de comentar.

Consolidación de la transición demográfica, supervivencia de la familia tradicional pese al aumento de «nuevos hogares» (unipersonales, monoparentales, parejas sin hijos, etc.), un deficiente Estado de bienestar corporativo en riesgo de dualización (o segmentación) no excesivamente apoyado por los ciudadanos pese a sus efectos sobre la pobreza, etc. Son conclusiones sustentadas sólidamente en el libro. Por imperativo de espacio seleccionaré otras tres que me gustaría discutir. Las llamaré tesis de la no segmentación del mercado laboral, tesis del *apartheid* metodológico y tesis de la clase de servicio.

Una de las certezas mejor sustentadas del libro es el crecimiento simultáneo de los mejores y los peores empleos. Cuando Juan Jesús González analiza la evolución de la estructura de clase (p. 96) encuentra que las categorías más grandes son *trabajadores manuales cualificados* y *trabajadores no cualificados*, que se reparten a medias el 40% de la población activa, más o menos. Mientras la primera parece en franca disminución (se ha reducido un 10% desde 1976), la segunda casi se ha duplicado en estos treinta años y es probable que sea mayoritaria muy pronto (lo sería ya, desde luego, si el trabajo ilegal entrase en la EPA). Si obviamos a los *trabajadores no manuales* porque su crecimiento depende del sector público y está menos influido por la estructura económica, la cuarta y última rúbrica de tamaño considerable es *profesionales por cuenta ajena*, que pasa del 6 al 17% y agrupa el contingente casi completo de la llamada clase de servicio (*profesionales por cuenta propia* y *directivos* apenas llegan cada una a un estable 2,5% de la población activa). Así, el 42% de los datos apuntaría a un proceso de subproleta-

rización de la fuerza de trabajo y a lo sumo el 20%, uniendo diversas categorías, apoyaría la tesis del crecimiento de las clases medias o de servicio.

¿Hay razones para sostener cierta polarización del mercado de trabajo? La respuesta del libro es que no, porque «con estos datos sería apresurado» (p. 97). Se refiere al aumento notable de la clase de servicio como conjunto, pero la única categoría que crece allí son los profesionales por cuenta ajena. Y el dato no es tan obvio si tenemos en cuenta que la propia categoría es una metáfora donde cabe cualquier trabajador que posea un título de bachillerato o superior, con independencia de las condiciones en que desempeñe su actividad. El libro se plantea a continuación si cabe hablar o no de segmentación, o sea división del mercado de trabajo en un sector que agruparía los mejores empleos en términos de retribución, prestigio y estabilidad, y otro secundario donde estarían los peores. Obvio es que en este escenario los criterios adscriptivos primarían sobre el logro y el esfuerzo, y el mérito se reduciría de forma notoria. Pues bien, ¿hay segmentación? La respuesta es de nuevo negativa. Fijándose en la temporalidad (que es sólo un factor de proletarianización, entre otros), el autor distingue una estructural, relacionada con la *naturaleza* de ciertas actividades, y otra estratégica, que tiene que ver con prácticas de contratación relacionadas con la integración en el mercado de trabajo. La primera es descartada por inevitable (el sector de la construcción, se afirma, es necesariamente temporal); la segunda, por pasajera (temporalidad sería una fase que todos los trabajadores atraviesan hasta conseguir un empleo estable). González sostiene, EPA en mano, que la mayor parte de la temporalidad *no natural* estaría asociada con la edad. Como ésta es una enfermedad que se cura con el tiempo, la temporalidad no es considerada factor estructural de nuestro mercado de trabajo y la segmentación queda descartada. La conclusión es feliz, pero por desgracia matizable: 1) la proletarianización y segmentación laborales afectan a la integración social como conjunto y no pueden reducirse a simple temporalidad; 2) los jóvenes de 1988 abandonaban la temporalidad hacia los 25 años mientras los de 2004 no lo hacen hasta los 30; 3) abandonar la temporalidad significa casi siempre lograr un contrato indefinido, cuyo estatuto y significación en términos de integración social ha disminuido notablemente desde los años ochenta; 4) el Estado de bienestar español presenta serias deficiencias como promotor de movilidad social; y 5) se ha eliminado de las estadísticas a los trabajadores inmigrantes legales, dejando fuera una parte quizá importante del trabajo más precario.

La discusión de una tesis lleva a otra. Como se dijo antes, la presencia social de las mujeres se estudia por separado en cada apartado, pero no ocurre lo mismo con la de los inmigrantes, a quienes se concentra en un capítulo específico y se elimina del resto de análisis. A juzgar por la obra, la población extranjera, legalizada o no, apenas tendría influencia sobre el mercado laboral, el sistema educativo, la movilidad social o la religión (materia que, por cierto, recibe un tratamiento demasiado *administrativo*, reduciendo la vivencia religiosa a asistir a misas católicas). Bien se descartan sus cifras de los datos disponibles, bien se ignora su presencia en las discusiones. ¿Cómo se justifica este *apartheid* metodológico? Ob-

viamente, el libro dedica un capítulo específico al asunto. Pero, ¿no es acaso la inmigración un fenómeno transversal que afecta a todas las áreas de la sociedad? ¿Podemos acaso entender la educación o las bases sociales de la política sin tener en cuenta que hay un estrato de la población que crece a razón de 600.000 personas por año con la excusa de que hemos dedicado un epígrafe a estudiar cuántos son y a qué velocidad vienen? No faltan razones para dudarlo. La inmigración debe imponerse como tema (y no sólo problema) sociológico mayúsculo, hasta el punto de redefinir lo que entendemos por «sociedad española»: además de cuántos son, es necesario conocer qué hacen, qué piensan y qué esperan.

Un apunte final sobre la clase de servicio, concepto que hace agosto en los textos sociológicos actuales. Inicialmente pensada por Dahrendorf para hacer referencia a directivos de gestión y altos funcionarios (trabajadores al servicio de las clases dominantes a cambio de alta retribución y elevado estatus, dotados de autoridad y control sobre los medios de producción aunque no de propiedad), la clase de servicio fue reelaborada empíricamente por John Goldthorpe, quien trató de llenarla con posiciones concretas en la estructura ocupacional: además de los mencionados trabajadores asalariados cualificados, hombres de negocios, pequeños empresarios y profesionales autónomos. Para medir el tamaño de la categoría, la convirtió en un concepto *bidón* tan indefinido como la vieja clase media. El sueño liberal de propietarios y trabajadores unidos en un estrato integrado se ponía de nuevo en acción. Estamos ante uno de los debates más complejos de la moderna teoría social, cuyo abordaje supera por supuesto los límites de este libro. Pero el capítulo sobre movilidad social, a cargo de Javier Echeverría, no se limita a plantear la cuestión: después de que él mismo ha puesto de manifiesto las incongruencias teóricas de la clase de servicio de Goldthorpe, la utiliza con profusión para hacer comparables sus datos con los de él. Y cuando al final concluye que no existe un patrón de movilidad social generalizable a varios países no se acuerda de las limitaciones de su concepto-guía. Una verdadera integración de teoría y datos le habría llevado a reconsiderar el sentido de nociones tan confusamente operativizadas.

En las sociedades occidentales se observa un crecimiento importante de algunos empleos agrupados en el concepto clase de servicio (ciertos profesionales por cuenta ajena), así como de otros que no pertenecen a él (trabajadores no cualificados). Ahora bien, convertir esa realidad confusa en una noción teórica (y política) —una clase social en sentido estricto: *la clase que justifica la pretendida apertura a la meritocracia, al logro y al progreso de nuestras sociedades*— parece arriesgado con la información empírica disponible. Y ello porque Goldthorpe define quién entra en su clase de servicio según una visión limitada a las relaciones técnicas de producción (estructura ocupacional) en lugar de relaciones sociales en sentido amplio (estructura de clase) como Dahrendorf, quien difícilmente daría entrada en su exclusivo club de directivos y altos funcionarios a la mayoría de los (jóvenes) profesionales por cuenta ajena de nuestra EPA. En mi opinión, los datos recientes animan a operativizar hipótesis diferentes, por ejemplo aquella de

Frank Parkin sobre el «cierre social», así como a revisar ciertos instrumentos de medida, especialmente las tablas de movilidad cuyos problemas metodológicos son cada día más evidentes.

La importancia de los temas discutidos sustenta, en nuestra opinión, el valor de estas *Tres décadas* en la reciente sociología española. Si se convierte en serie y examina con cuidado lo que incluye y excluye como materia de análisis (pues los informes generales tienden a imponer su objeto y enfoque sobre la percepción de la realidad), la obra constituirá referencia inevitable para la teoría e investigación futuras, aunque los acontecimientos inmediatos probablemente reduzcan su optimismo, por otra parte típico del período en el que España vivió sus particulares *Trente glorieuses*.

LUIS GARCÍA TOJAR
Universidad Complutense de Madrid
lgarciat@ccinf.ucm.es